

Fin de siglo, apocalipsis, pesimismo e incertidumbre: una reflexión en torno a la disciplina y al oficio del sociólogo

Miriam Calvillo

Al final del siglo, con una realidad que día a día se está convirtiendo en otra, nos enfrentamos a la imperiosa necesidad de redefinir el sentido y contenido de la sociología en tanto ciencia y disciplina.¹ Los últimos sucesos y acontecimientos² del mundo histórico-social vienen dando muestra de radicales transformaciones tanto en su dimensionalidad como en su temporalidad, provocando con ello la presencia de realidades inéditas,³ cuyas características apenas intuitas están demandando a las ciencias sociales nuevas y más rigurosas respuestas. Las fluctuaciones de lo social, esto es, la interrelación de fuerza, condición y estructura en constante movimiento,⁴ se están convirtiendo en el gran reto para todas las disciplinas académicas tradicionales y para todas las corrientes teóricas, obligándolas a revisar sus viejos paradigmas y sus grandes teorías, convirtiéndolas al mismo tiempo en sospechosas del decreciente rendimiento en la producción de nuevos conocimientos.⁵



De tiempo en tiempo cada disciplina requiere de un ajuste en virtud de sus propios alcances y limitaciones.

IZTAPALAPA 47
extraordinario de 1999
pp. 110-126

* Profesora investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

Sin embargo, dadas las circunstancias actuales, lo mismo la sociología que cualquier otra disciplina están siendo obligadas a readecuar sus postulados teórico-metodológicos a una realidad cambiante que, por ser distinta, requiere de ser aprehendida de nuevas maneras.

La realización de este artículo encuentra su motivación y su término de referencia en las discusiones y polémicas que se están desarrollando en torno a la sociología, como consecuencia del proceso de reflexión al que se le ha sometido como tarea ineludible frente al resquebrajamiento de las hegemonías teóricas.

Sabemos que toda reflexión sobre la disciplina obliga a la discusión sobre la validez de sus procedimientos de investigación y la forma que adquiere su enseñanza; al mismo tiempo que impone la necesidad de una determinación cada vez más precisa de la tarea que cumplen y deberán cumplir los sociólogos y, en consecuencia, exige el riguroso examen de su formación profesional. Implica, pues, discutir su significado, su objeto de estudio, los distintos paradigmas que confluyen en ella, los diferentes métodos que se aplican o pueden ser aplicados, las técnicas de investigación particulares y, en fin, las corrientes y temáticas que aborda la disciplina en general y sus diferentes ramas en lo particular. Pero, al mismo tiempo, supone también tomar parte en la polémica entre las distintas concepciones surgidas respecto a las relaciones que la sociología tiene o podrá llegar a tener con

otras disciplinas, así como el lugar que está ocupando o puede llegar a ocupar dentro del conjunto de las ciencias. No será éste, sin embargo, el lugar en el que tratemos a profundidad todos y cada uno de los temas y problemas señalados; no es éste un exhaustivo balance del hacer y del pensar sociológico,⁶ sino una breve semblanza de la manera como la disciplina y el oficio del sociólogo están enfrentando el advenimiento de un nuevo siglo.

Lo original de los acontecimientos en las últimas décadas se reconoce en la magnitud de su impacto. Cada hecho no sólo ha desencadenado una avalancha de nuevos sucesos y procesos sino que se inclina a hacer crecer el número de involucrados. El mundo se está acercando y en ello están participando de una manera decisiva los medios de comunicación electrónicos. Estos medios han hecho que las imágenes y la información fluyan en enormes torrentes que, con las técnicas tradicionales, parecen incontrolables. Incluso, hoy se corre el riesgo de que el periodismo de divulgación científica no sólo llegue, como lo está haciendo, antes que el análisis científico, sino que pretenda sustituirlo mientras éste último continúa atrapado en su mismo aparato técnico de investigación.

El caudal de información sin una “especificidad de tiempo y de espacio”, sin “la variabilidad histórica” y el “sentido circunstanciado, o sea históricamente radicado, de la experiencia humana” (Ferrarotti, 1991), que supone

su clasificación, ordenamiento y suma de hechos, acabó por provocar la irrupción, prevista de tiempo atrás, de los jinetes del Apocalipsis lo mismo en el sentido común que en los análisis sociales.⁷ Lo inusitado de las situaciones hizo aparecer al mundo como sustraído de toda acción de la racionalidad, la imagen teleológica del porvenir se fortaleció al presentar los advenimientos como producto de la fatalidad, del desastre. A la realidad se le comenzó a mirar cada vez más como inexplicable, cargada de significaciones diversas y fluctuantes. Las “interpretaciones” sobre el origen y causa de los fenómenos comenzaron a multiplicarse, no para explicar sino para añadir confusión. Y, por si fuera poco, a la abundancia y contradicción se suma ahora la necesidad de encontrar respuestas inmediatas exigidas por el mundo de los no expertos, pero también requeridas por los propios expertos a fin de evitar en lo posible los lastres epistemológicos de la falta de certeza. Sin embargo, de manera paradójica, las respuestas inmediatas pronto se transformaron en argumentos justificatorios y en un arma de doble filo para el conocimiento: conforme se busca con ellas amortiguar la incertidumbre crece el riesgo de hacer una interpretación cada vez más simplificada, que poco dice sobre lo que está ocurriendo.

La sustitución de la producción de conocimiento por la abundancia de información e interpretaciones y explicaciones contradictorias, así como la elaboración de respuestas simplifica-

doras, bajo la visión apocalíptica, consagran el fracaso de los expertos y sus modelos explicativos.⁸

La primera idea de la que partimos es que lo particular de la actual reflexión en torno a la sociología es que ella se da en un momento en el que ya había avanzado el cuestionamiento del edificio que las escuelas funcionalista, estructuralista y marxista habían construido durante las décadas anteriores, de acuerdo con su proyecto de proporcionar un fundamento “científico” a la disciplina. La actual revisión viene, en todo caso, a actuar como un acelerador de un proceso de crítica y reconstrucción de los instrumentos elaborados por cada una de estas corrientes del pensamiento sociológico. No sobra recordar una vez más el sentido que al término reconstrucción le otorga Habermas: “Reconstrucción significa (...) que se procede a desmontar una teoría y luego a recomponerla en forma nueva con el único objeto de alcanzar mejor la meta que ella misma se ha impuesto: tal es el modo normal de habérselas con una teoría que en algunos puntos necesita una revisión, pero cuya capacidad estimulante dista mucho de estar agotada” (Habermas, 1981: 9).

Así pues, en tanto el marxismo, el estructuralismo y el funcionalismo, con todas sus variantes, se habían planteado ya el objetivo de desmontar el monopolio que sobre la cientificidad se adjudicó cada una de las otras corrientes, lo específico de la actual reflexión es que ella se da en un momento en el que, parafrase-

seando a Portelli, la lucha por la propiedad institucional de la verdad está ascendiendo a los extremos, polarizando las distintas corrientes y concepciones manifiestas dentro de la disciplina sociológica. Pero esta polarización ha desembocado en una especial radicalidad por cuanto ya no sólo se están cuestionando las corrientes ajenas sino que inclusive se comienzan a incorporar a la crítica los propios postulados.

Pese a que la actitud polémica frente al marxismo, el funcionalismo, el estructuralismo o a cualquier otro “ismo” ha resultado ser lo característico de la actual reflexión sociológica, ello no ha impedido el contraataque de las posturas tradicionales frente a la emergencia de una actitud más abierta que intenta romper la ortodoxia paradigmática. Ni el auge del positivismo, ni la creciente incertidumbre implican necesariamente que se haya dejado de lado el debate entre las distintas escuelas o corrientes teóricas y metodológicas existentes.

La actual reestructuración de la disciplina sociológica se ha convertido en un, no siempre encubierto, debate entre los herederos de la escuela marxista y aquellos que, en diversa medida pero en toda ocasión, han procurado desvincularse de sus proposiciones teóricas y pragmáticas. El origen de este debate se remonta a divergencias de enfoques que se manifestaron desde hace mucho tiempo dentro de la propia disciplina, a propósito de problemas específicos y de orientaciones concretas de la investigación, pero ahora esta polémica se ha

ampliado y, sobre todo, se ha radicalizado. Las contradicciones entre las diferentes corrientes sociológicas se han agudizado hasta el punto de abarcar la función de los sociólogos y el *status* de la propia disciplina, transformándose, a partir de esto, en una discusión acerca del fundamento y validez de la sociología. Pero quizá el rasgo que la discusión ha añadido en torno a la validez de las corrientes sociológicas ha sido, precisamente, esta radicalidad. Una radicalidad que bien puede justificarse sobre la base de la existencia de visiones apocalípticas y catastróficas y de la desconfianza hacia los grandes metarrelatos que acusan una experiencia negativa en el plano de la política. No cabe duda que las concepciones apocalípticas y el escepticismo epistemológico pueden derivar de la experiencia negativa, pero ésta sola resulta insuficiente para explicar la tendencia a una creciente radicalidad.

En la radicalidad, que ha llegado en algunos casos hasta el punto de negar la validez de todo paradigma y todo postulado teórico, tuvo que ver también el establecimiento de una especie de pacto entre los evaluadores del trabajo académico y el positivismo. Esta alianza ha incorporado, a la lucha por “la propiedad institucional de la verdad”, la pretensión de una más completa adecuación de los saberes respecto a la situación dada, de acuerdo con el imperativo de apelar a la eficacia, que cabalmente nada tiene que ver en la mayoría de los casos con la objetividad del conocimiento científico, pero que sí mani-

fiesta una creciente concepción instrumentista del mismo.

La pérdida de confianza en las grandes teorías y en la validez de los conocimientos fundacionales, que se manifiesta en los últimos años, ha provocado que los paradigmas y corrientes teóricas tradicionales sean considerados impotentes para significar y cuestionar la emergencia de nuevas realidades. Así pues, la actual reflexión sobre la disciplina se da en un instante en el que se ponen en duda las hegemonías teóricas y los paradigmas tradicionales, y los grandes relatos legitimadores y sustentadores de sistemas económicos, políticos y sociales se agotan.

Ha sido en el ejercicio de la profesión⁹ y en la experiencia de investigación en donde se evidencian más claramente las limitaciones de teorías, métodos y técnicas para hacer frente a la emergencia de una compleja e inesperada diversidad de transformaciones y conflictos. No obstante, de manera paradójica, también han sido estas limitaciones las que han radicalizado la lucha institucional por la verdad, que no es otra cosa más que la exigencia por establecer la hegemonía de tal o cual paradigma y concepción teórica dentro de la disciplina sociológica.

Hace tiempo que la sociología se volvió en contra de la pretensión de convertirse en una ciencia globalizadora y la teoría social en un esquema general de interpretación sobre lo social-humano. Conforme el mundo sociohistórico se volvió cada vez más complejo y diná-

mico, y los cambios en todos y cada uno de sus ámbitos adquirieron un ritmo inusitado, la sociología modificó su forma de mirar la realidad.

La primera manifestación del reconocimiento de la complejidad y dinamismo de la realidad histórico-social fue su división en distintos campos temáticos, dando así paso a la fundación de las sociologías específicas y exigiendo a cada una de ellas que diera cuenta tan sólo de una parte del todo social. Cada ámbito de la realidad se transformó en una fracción o rama del conocimiento sociológico, vale decir, en un objeto particular determinado, caracterizado y demarcado apriorísticamente por la propia división disciplinaria. La división de la sociología en campos o ramas específicas derivó sin lugar a dudas de las condiciones internas de su propio desarrollo, pero también de la exigencia externa de proveer soluciones prácticas. A partir de la creciente demarcación temática, las preguntas que se hicieron a la realidad fueron cada vez más puntuales y distintivas. Cada rama de la sociología creó sus propios métodos y postulados teóricos y definió sus peculiares alternativas y soluciones a los temas y problemas singulares a los que se ciñó cada una de ellas.

A través de la creciente especialización de la sociología fue como se logró reconocer nuevos ámbitos de análisis y de reflexión, pero también, y esto es lo más importante, se encontró el límite de los propios paradigmas sociológicos generales y universalistas. Las compli-

caciones de una temática específica han permitido trascender las fronteras disciplinarias, es decir, llegar al abordaje de los fenómenos y problemas sociales tomando en cuenta sus diversos aspectos y múltiples determinaciones, cosa que la visión global de la disciplina no permitía.

No obstante, partir una y otra vez a la sociología en ramas y subramas no siempre contribuyó a trascender los límites tradicionales disciplinarios, también devino, en muchas ocasiones, un fenómeno de superespecialización, convirtiendo a la investigación en estrechamente monodisciplinaria y más aún en definitivamente monotemática. La realidad se volvió un simple objeto determinado,¹⁰ encerrado en los límites de la propia especialidad, sin que por esta vía se lograra establecer el conjunto de relaciones y mediaciones temporales y espaciales del fenómeno analizado ni con la totalidad ni con los fenómenos colaterales; pero todavía más, ni siquiera pudo mantener un vínculo teórico y metodológico con los postulados de la propia disciplina sociológica.

Pero es justamente por el hecho de haber llegado a la superespecialización que, desde la perspectiva de Dogan y Pahre,¹¹ se crean las condiciones para dar un nuevo salto en la innovación científica. Para estos autores la superespecialización manifiesta un aspecto de lo que denominan *paradoja de la densidad*, que tiene su origen en la saturación temática, en la sobrepoblación de investigadores e investigaciones en un limi-

tado campo temático. La paradoja consiste en que la sobrepoblación, por una parte, conduce a la inercia e imposibilita la innovación, pero, por otra, propicia la expulsión de investigadores “excedentes”, obligándolos a transitar en campos todavía no explorados de la investigación, a trabajar al margen de las tendencias temáticas, teóricas, técnicas y metodológicas generalizadas. La incursión en estos nuevos campos, que se encuentran fuera del superpoblado centro temático de la disciplina, convierte a las investigaciones y a los investigadores en marginales, pero es esta marginalidad el conducto a la innovación científica que se expresa actualmente en la *recombinación transversal* de las *zonas fronterizas* (marginales) de aquellos subdominios (especialidades o subdisciplinas) con un mayor potencial de innovación.

Dogan y Pahre afirman que la investigación de problemas específicos fue lo que posibilitó la intersección e interrelación de disciplinas y especialidades contiguas en los análisis sociales y que es justamente a partir de este proceso que se ha creado una tendencia a la *hibridación*, es decir, a la recombinación de “los conocimientos especializados de diferentes dominios” disciplinarios. Esto está conduciendo a la construcción de nuevos campos de investigación que juntan elementos derivados de distintas disciplinas. Así pues, la inclinación de las ciencias y de la investigación modernas a la hibridación o construcción de campos híbridos no hubiese sido

posible sin que la especialización llegara a un límite en el que la innovación fuera imposible.

A pesar de lo sugerente que resulta el concepto de hibridación para la interpretación del desarrollo del conocimiento, la concepción sobre la recombinación de las especialidades presenta dos grandes inconvenientes. El primero es que no deja de implicar una visión de progreso lineal y acumulativo del conocimiento. Así, para Dogan y Pahre, si el conocimiento se está logrando desarrollar es gracias a que la especialización si bien provoca la saturación de la producción en ciertas áreas y problemas, también ha permitido acumular progresivamente una gran cantidad de saberes y conocimientos indispensables para la recombinación y la innovación científica.¹² El segundo inconveniente se refiere a que aunque la elaboración de temas y problemas con un carácter híbrido implica la transgresión de las fronteras de disciplinas contiguas ella se limita al préstamo de métodos y la difusión de conceptos.

La transdisciplinariedad, no obstante, rebasa con mucho el simple intercambio de técnicas y conceptos, esto es la recombinación transversal de especialidades y disciplinas. Más bien supone el libre tránsito entre estas últimas. Para autores como María Jesús Izquierdo, por ejemplo, la transdisciplinariedad constituye un método que permite superar la división disciplinaria del trabajo científico a partir de la construcción de puentes teóricos y me-

todológicos entre las disciplinas.¹³ Este método no sólo permite la superación de los límites disciplinarios sino que también implica la refutación epistemológica del marco impuesto por el paradigma de las determinaciones. La superación de la visión parcial y especializada resulta viable únicamente a partir de la refutación de la concepción determinista de la realidad que la mira como el producto acabado de una historia gestada y en donde, en consecuencia, las relaciones pasado-presente y causa-efecto ocupan un plano privilegiado en la explicación.

No obstante que la investigación ha superado y refutado las fronteras disciplinarias para poder dar cuenta cabal de problemas específicos, esa orientación no se ha logrado trasladar al campo de la enseñanza, esto es, a los planes y programas de estudio. Tanto en la definición de sus contenidos como en su estructura prevalece aún una orientación a la superespecialización. La visión parcializada de la realidad y la consecuente superespecialización de los saberes se han impuesto en los planes de estudio, evitando el reconocimiento de lo inédito que supone la emergencia de nuevas realidades y reduciendo el quehacer sociológico a la tarea de relacionar los procesos sociales concretos con las grandes teorías sociológicas, aunque con ello, como afirma Sader, no se consiga más que “dar la apariencia de seguridad teórica, al situar un caso particular en un esquema interpretativo consagrado”. Pero en un mundo mar-

cado por la incertidumbre es precisamente esta “apariencia de seguridad teórica” lo que crea la ilusión de estar finalmente restableciendo la certeza.

Por eso, más que en ningún otro momento, al intentar transgredir los límites de la disciplina se corre el riesgo de mantener la idea de que la crisis de los paradigmas puede resolverse si sólo se amplía la oferta de especialidades y se incorporan a la disciplina un mayor número de corrientes y autores. Es allí en donde de manera más clara se manifiesta la inclinación a soslayar la crisis de los paradigmas y de los grandes metarrelatos¹⁴ en aras de la búsqueda de una mayor eficiencia.

En el terreno de las ideas, las visiones apocalípticas y catastróficas no sólo han provocado la duda sobre la validez de los grandes metarrelatos y las grandes teorías, también han desembocado en una radicalidad que cuestiona la propia existencia de la validez. Ante la incapacidad de su cabal comprensión, la emergencia de nuevas realidades se ha interpretado como la irrupción violenta de hechos irracionales que han terminado por “develar que el valor de la verdad no ha sido más que un engaño” (Vattimo, 1991: 42). La propuesta popperiana de un *optimismo epistemológico* sustentado en la certeza de que el ser humano puede arribar a la verdad al hacer un “uso racional de la racionalidad” (Popper, 1983: 26), está cediendo el paso a una especie de escepticismo.

Ahora bien, ni el escepticismo ni la visión catastrófica y apocalíptica niegan la racionalidad de lo real, por el contrario, llevan su existencia al extremo, la exacerban, al dar por un hecho que lo que ocurre es producto de la fatalidad, que lo único que importa es llegar a descubrir aquello que Ferrarotti llama el nexo de monocausalidad entre los fenómenos.

La búsqueda de este nexo de monocausalidad impone continuidad a los fenómenos social-humanos, esto es, destaca su uniformidad y repetibilidad en contra de su unicidad y singularidad. Esta orientación a la monocausalidad reduce el análisis social al negar la variabilidad e indeterminación de los fenómenos y construye, junto con la abundancia de información, la impresión de que de lo que se trata en el proceso de indagación es de sistematizar la información recabada a través de operaciones de medida. Es de este modo como la medición llega a arrogarse el papel cognoscitivo fundamental.

Para el positivismo es posible “conocer” todo con una gran precisión, justamente a través de la medición pero, como dice Ferrarotti, aunque nunca se sepa sobre qué cosa y por qué razón se conoce. “En el mejor de los casos, afirma, (la medición) confirma especularmente los datos del existente”, pero “no llega a englobar la dinámica del desarrollo de los fenómenos y el sentido de la dirección del movimiento histórico, la naturaleza y el ritmo del cambio social”. Por ello resulta lógico, el que las visiones apocalípticas no sólo no exclu-

yan al positivismo sino que, por el contrario, lo conviertan en el enfoque predominante tanto en la investigación como en la docencia sociológicas.¹⁵

La presencia del positivismo no es nueva pero ahora está predominando por cuanto ha añadido a la vieja promesa de garantía de objetividad y cientificidad la pretensión de eficiencia y productividad. Ha sido a través del establecimiento de criterios de evaluación del trabajo académico como se intenta, y por desgracia en muchos casos se logra, alejar a investigadores y docentes de la preocupación respecto al modo de conseguir el conocimiento y a lo que puede y debe ser considerado científico. El interés y el debate por la objetividad del conocimiento aparentemente fueron sustituidos y superados con una mayor preocupación por cumplir con los criterios de evaluación institucional. Y aunque pudiera llegar a suponerse que el uso de los postulados positivistas desembocaría en una mayor posición de certeza, paradójicamente, lo que ha provocado con ello es una actitud cínica e instrumentista respecto del conocimiento y su objetividad. Bajo la lógica instrumentista lo fundamental es la búsqueda de la reconstrucción del orden, a partir de un supuesto equilibrio entre lo metodológico y lo teórico, entre lo técnico y lo metodológico y entre los datos estadísticos y los planteamientos teóricos, todo ello sin transgredir los límites de la disciplina.¹⁶

Empero, la creciente importancia del positivismo no puede explicarse sola-

mente por un estado de cinismo generalizado, por una actitud acomodaticia de investigadores y docentes, como asegura Ortega Esquivel.¹⁷ Si la sobrevaloración del dato y la afirmación del carácter absoluto y total de la información que se obtiene con las técnicas empíricas se han logrado imponer y generalizar ha sido gracias a que, como afirma Girola, “el positivismo en México no es propio o perteneciente a una teoría determinada sino que es un enfoque de la realidad social que (durante mucho tiempo) ha permeado teorías de lo más diversas en otros aspectos”.¹⁸ En la medida en la que el positivismo ha reducido a la sociología a “un conjunto de técnicas aplicativas, idealmente indiferentes, neutras y por esto fundamentalmente intercambiables” (Ferrarotti, 1991: 27), se ha logrado la unión de ciertas técnicas de medición con las más diversas posturas teóricas. De este modo, en la investigación, la riqueza de la realidad se está perdiendo justamente por la pobreza de las técnicas y los esquemas utilizados, merced al incremento de la información.

Así pues, conforme en los estudios y análisis sociológicos se consolida el edificio positivista con fundamento en la imposición metodológica, se cierra cada vez más la posibilidad de una investigación innovadora. Paradójicamente, es en el campo de la investigación en donde la crisis de los paradigmas y la pérdida de hegemonía de las ideologías continúa manifestándose con todo y que se esté intentando soslayar a través de la sistematización de las reglas de

investigación y la caracterización apriorística de temáticas. Por más que el positivismo, transformado en curriculum y en criterios institucionalizados de evaluación, se presente a sí mismo como una alternativa para alcanzar exactitud, precisión, formalización y comprobación (es decir, verificación directa mediante la presentación de datos y estadísticas) esto es, exclusividad científica, las nuevas realidades continúan negándose a mostrarse con los viejos esquemas explicativos permeados de positivismo, contribuyendo a la atmósfera de incertidumbre y desconcierto.

La desconfianza no sólo se cifra en la imposibilidad de manejar la información a la que ahora se tiene acceso sino también cuestionando al propio paradigma de las determinaciones¹⁹ y a todas las corrientes teóricas que en él se sustentan, esto es, la sobrevaloración de la determinación estructural y el afán de buscar y descubrir leyes de lo social capaces de permitir la predicción, están resultando igualmente insuficientes cuando se intenta aprehender las nuevas realidades. Pero al igual que el positivismo, el paradigma de las determinaciones ha permeado las más diversas corrientes teóricas, cuando aquél se cuestiona éstas también.

Pero esto no significa que todas las innovaciones desarrolladas en el campo de la investigación no tengan cabida en el espacio disciplinario. Por el contrario, el centro o núcleo disciplinario dominante ejerce una fuerza de atracción tal que no sólo no le impide recuperar

lo nuevo sino que incluso llega hasta requerirlo para garantizar su propia reproducción. El núcleo disciplinario, lo mismo que el tipo de racionalidad que presupone,²⁰ necesitan renovarse de vez en cuando con el fin de crear la imagen de estar avanzando, pero para poder incorporar lo nuevo es necesario que se le adapte a su propia lógica, esto es, que se le distorsione. Esto se logra bajo la permanente amenaza de exclusión, pero sobre todo a través de la imposición de todo un conjunto de dispositivos²¹ que bloquean la aceptación de lo nuevo al constreñir apriorísticamente el diseño y elaboración de la investigación al centro disciplinario dominante.

La existencia de estos dispositivos garantiza que se siga un proceso de adaptación a los parámetros expresados en el núcleo disciplinario dominante, es decir, a aquellos significados asignados a priori a la realidad y al quehacer sociológico.

Esos parámetros constituyen y se construyen a partir de ciertas estructuras teóricas, ideológicas y axiológicas que presuponen la reducción de la disciplina a determinados aspectos a través de la asignación previa de ciertos significados al quehacer y función sociológica.²² Estos significados responden a contenidos que se definen como los "científicamente" válidos y aceptados en función del contenido del núcleo disciplinario dominante y se construyen y reproducen justamente durante la investigación y en el proceso de enseñanza-aprendizaje. De esta manera

los parámetros se convierten en una especie de cautiverio que limita en todo momento la acción de los sociólogos.

La cautividad y el bloqueo se mantienen a través de representaciones simbólicas, por la asignación e imposición de ciertos significados y significantes, es decir, mediante un lenguaje en su sentido más amplio. Es esencialmente a través del aprendizaje y uso de un lenguaje que se evita el poder reconocer la presencia de parámetros. Toda formación disciplinaria impone un particular lenguaje que define apriorísticamente lo que de la realidad se mira, así como la manera de mirarlo; por ello, desentrañar el contenido y la estructura de ese lenguaje, así como la manera como se enseña y aprende, es un reto que permitiría percibir, refutar y superar esa cautividad y ese bloqueo.

Pero no todo es negativo en torno a la incertidumbre. Ésta no sólo significa el extrañamiento del ser, resultado de la incompreensión de lo que se está generando. Por el contrario, la incertidumbre en el contexto actual puede llegar a ser una alternativa metodológica por cuanto es manifestación de la irrupción de lo inédito, y por ello supone la idea de que se ha creado una especie de conmoción del saber que parte de reconocer que en la realidad nada es simple, que el orden se oculta tras el desorden, que lo aleatorio está siempre presente en cualquier acción. Movimiento más incertidumbre son los términos que la teoría del caos recomienda incorporar al análisis para llegar a una descripción dife-

rente del mundo, en la que la consideración del movimiento y sus fluctuaciones predomine sobre las estructuras, las organizaciones, las reglas y las permanencias (Balandier, 1990).

Pero el lenguaje disciplinario además tiene el don de crear nuevos parámetros que, paradójicamente, cumplen con la tarea de producir la ilusión de encontrarse a salvo de la influencia de cualquier parámetro. Inclusive se llega a dar por un hecho que el uso de ese lenguaje podrá lograr por sí mismo la interpretación y comprensión de la realidad amén de asegurar la objetividad. De esta manera, la construcción de conocimiento se sustituye con una denotación especializada, que muy frecuentemente no sólo no explica sino que estrecha la complejidad de la realidad y la convierte en groseramente homogénea.

El discurso disciplinario lejos de garantizar la objetividad lo que consigue es entorpecer la construcción de posibles respuestas por cuanto define a *priori* lo nombrado y el modo de hacerlo. A través de una terminología especializada, esto es, por la vía de la argumentación, lo simple se transforma en complejo, lo diverso se reduce a ley, lo particular se vuelve general y lo individual se convierte en social. Pero si el lenguaje disciplinario especializado no crea conocimiento ni garantiza objetividad sí constituye una base para la construcción de una cierta identidad del grupo y los subgrupos disciplinarios, e incluso puede hasta provocar un estado de certidumbre en quien lo utiliza.

Sin embargo, aún se mantiene la idea de que la teoría representa un lenguaje único y absoluto que excluye la significación subjetiva, reduciendo al máximo la voluntad y libertad del sujeto en la formulación de los conceptos. Esto se logra a través de una serie de mecanismos de autocontrol metodológico que llenan los contenidos de la sociología. El lenguaje teórico, lo mismo que los mecanismos de autocontrol metodológico, se presenta con una apariencia neutral cuyo uso se asume acriticamente y garantiza el acceso a la verdad. De esta manera la teoría y la metodología se vuelven simples instrumentos a partir de los cuales se transforma a la realidad en un objeto-cosa, producto de la continuidad y el progreso que se da en una sola dirección.

El hecho de enfrentar a la realidad para reconocer lo inédito e indeterminado que ella encierra significa poner de manifiesto, es decir, hacer consciente la manera como puede llegar el sujeto a apropiarse del mundo social en tanto que posibilidad, logrando rescatar las múltiples dimensiones y el carácter complejo, amorfo e indeterminado de la realidad social humana. No se trata, sin embargo, de un camino preestablecido, sino de una postura frente a la realidad que permite hacer explícito lo que se está buscando.

En un momento de grandes transiciones, en un periodo en el que los hechos hacen retroceder las fronteras de lo imposible y se realizan grandes rupturas y avances, poner en juego la capa-

cidad de elección o voluntad de saber equivale a enfrentar el desafío de reconocer la existencia de lo inédito, la singularidad y lo aleatorio de los sucesos y acontecimientos. Sólo cuando la realidad deja de concebirse como un producto acabado y se le asume como un proceso de gestación permanente, esto es, como un proceso indeterminado, como un conjunto de problemas y no como un simple objeto exterior al sujeto, el aprendizaje puede llegar a transformarse en un proceso de “desparametrización” o “descautivación”, en un esfuerzo cuya finalidad ya no es imponer una cierta racionalidad por medio del sometimiento al uso exclusivo del discurso disciplinario especializado. Pero esto presupone aprender y enseñar a enfrentar la realidad de una manera distinta.

Por principio de cuentas se trata de no ceñir la realidad apriorísticamente a ningún sistema conceptual particular, ser capaces de señalar los distintos ámbitos que implica el análisis de lo inédito y aprender a reconocer en ella el conjunto de hechos observables que pueden llegar a ser examinados.

Esto es, se trata de “pararse frente a la disciplina”, para abordarla fuera de los sistemas teóricos preestablecidos, desde las fluctuaciones que llevan a tener un comportamiento original y diferente; definir la naturaleza de la misma disciplina para encontrar aquello que ella va a incorporar en el objeto; definir su razón de ser en el proceso de construcción de conocimiento y redefi-

nir el significado de la sociología y su relación con “la ciencia”.

Romper con esta concepción significa acabar con la exigencia de una comprensión global de lo social y lo histórico y con todo intento de unificación teórica. Anteponer la formación de habilidades y destrezas para reconocer lo inédito lleva a sustituir la armonía (garantizada por las grandes teorías) por el reconocimiento de la multiplicidad de las explicaciones como posibles y ya no como dadas. Si lo que importa es que el sociólogo sea capaz de reconocer las emergencias, transformaciones, cambios, crisis e inestabilidades, es decir, lo novedoso de la realidad, el problema se traduce en aprender a construir una alternativa teórica para cada realidad inédita que permita rescatar las diversas dimensiones de tiempo así como los distintos espacios sociales e individuales en los que se despliegan las distintas realidades específicas. Sólo a partir de este procedimiento es factible llegar al desmenuzamiento de las concepciones del mundo, a la multiplicación de las preguntas y a la identificación de los “posibles”, a una actitud generativa que parta de aprender a plantear problemas a la misma realidad, de tal suerte que la organización social en su devenir se convierta en su problema o, más bien, en un conjunto de problemas. Esta actitud o posición frente a la teoría transforma la necesidad en posibilidad y permite identificar las realidades marcadas por el movimiento y lo inédito, en tanto que la otra actitud simplemente traduce las

intuiciones e incertidumbres en afirmaciones; la teoría se presenta como simple sistema de referencia, como un modelo explicativo al que hay que ajustar la realidad enmarcándola.

La armonía garantizada por las grandes teorías tiene que ser sustituida por el reconocimiento de la multiplicidad de las explicaciones como “posibles” para lograr hacer explícita la multiplicidad y complejidad del fenómeno. Este tránsito lleva al examen detallado y minucioso de las concepciones del mundo, a la multiplicación de las preguntas más que de las respuestas, a la identificación de los posibles más que a la formulación de explicaciones acabadas. Podemos concluir con todo esto que el reto para la sociología está en llegar a reconocer los puntos nodales de una realidad, aquéllos que son detonadores de fracturas más allá de las cuales se encuentra lo inesperado, lo inusitado, más allá de las cuales las transformaciones y cambios se hacen inteligibles y se aclara lo incierto y se llega a conocer lo inédito.

Así pues, se trata de razonar la dinámica social, de abrir el camino para aprehender lo original, transformando a la teoría en un mecanismo de apropiación de la realidad y no en una forma de explicación apriorística. Todo esto quiere decir que la finalidad del análisis sociológico tendría que ser la de rescatar lo específico del fenómeno, lo diferente y lo significativo, pero apuntando a la complejidad de las relaciones que determinan el propio fenómeno, es decir, que lo hacen ser lo que es.

NOTAS

- ¹ Esta labor resulta impostergable por cuanto, como afirma Lidia Girola, en México, en el último decenio, no se ha dado un “desarrollo profundo del marco teórico, y las aportaciones originales son escasas”, porque “Existe un gran temor, una reticencia a formular apreciaciones teóricas basadas en los estudios de nuestra propia realidad. Por lo general siempre intentamos apoyarnos en alguna autoridad (casi siempre) extranjera, y cuanto más ininteligible mejor” (Girola, 1993-1994).
- ² Siguiendo a Popper distinguimos sucesos (eventos en la traducción de Sánchez de Zavala) y acontecimientos. Para él un acontecimiento es aquello que está descrito por un enunciado singular, es decir, “lo que está aconteciendo o ha acontecido”, lo único. El “suceso” es lo que hay “de típico o universal en un acontecimiento”. Los sucesos difieren “únicamente con respecto a los individuos (posiciones o regiones espaciotemporales) afectados”. Así, los acontecimientos se convierten en elementos del suceso (Popper, 1991).
- ³ Con este concepto no sólo nos referimos a lo nuevo, sino a aquello que actúa en función de la conformación de estructuras disipativas creadoras de alternativas. Estas estructuras pueden ser transiciones o desapariciones; se trata de periodos donde los acontecimientos hacen retroceder las fronteras de lo imposible, en donde lo característico son las rupturas y avances.
- ⁴ Estas fluctuaciones incluyen tan diversos aspectos como son: modos de vida, pautas de conducta alternativas y todo tipo de movimientos sociales innovadores y contestatarios.
- ⁵ Este es un término acuñado en la economía política por autores como David Ricardo y Thomas Malthus. Y es retomado por Matei Dogan y Robert Pahre para significar la *paradoja de la densidad* que es la tendencia que prevalece dentro de las disciplinas y temáticas densamente pobladas “a producir menos innovaciones, no obstante los esfuerzos ahí realizados” (Dogan y Pahre, 1993).
- ⁶ Un recorrido desde la sociología clásica hasta las reflexiones y preocupaciones de la sociología contemporánea se encuentra en Calvillo y Favela, 1998.
- ⁷ Ante la evidente exacerbación de los regionalismos, nacionalismos, xenofobia, fundamentalismos, chauvinismo, racismo, fascismo, clientelismo, intolerancias de todo tipo, corrupción de individuos, sociedades y gobiernos y el asentamiento de toda clase de autoritarismos, por un lado, y ante la continua amenaza de la destrucción atómica, la generalización de la guerra y la devastación ecológica del planeta, por el otro, se ha impuesto ese tono apocalíptico que Vattimo encuentra como lo característico de las interpretaciones de lo postmoderno (Vattimo, 1991).
- ⁸ El lenguaje académico se ha llenado de nociones apocalípticas. En los mismos calificativos que se añaden a los cambios se encierra esta concepción al mismo tiempo naturalista, patológica y catastrófica: tempestad, descomposición, hundimiento, desastre, derrumbe, sacudida, tormenta, etcétera, son los términos con los que se describen ya no sólo los acontecimientos sino la época misma. Abundan los adjetivos que le confieren un carácter patológico a los sucesos y acontecimientos: síntomas, enfermedad, perversidad, pánico, reacciones delirantes, síndrome, contagio, son sólo algunos de ellos. Y no deja de agregarse a la concepción apocalíptica términos que evidencian la búsqueda de culpables, artífices de todos los males.
- ⁹ Franco Ferrarotti afirma que no se puede decir que la sociología sea una profesión porque “de hecho se dice profesión a la actividad de servicio desarrollada, bajo remuneración, a favor de un cliente que no tiene ninguna posibilidad de control sobre el servicio mismo. En este sentido, la investigación sociológica no entra dentro del cuadro del profesionalismo corriente” (Ferrarotti, 1991: 123).

- ¹⁰ Cabe aclarar que distinguimos entre volver a la realidad de manera apriorística un objeto, esto es, una cosa determinada en el sentido otorgado por Adorno, y el construir un objeto de estudio, es decir, lo conocido, independientemente de su naturaleza. El objeto de estudio no constituye el principio de la investigación sino el resultado de la misma, por cuanto refiere la reflexión que consiste en volcar el aspecto multívoco del objeto en el no menos multívoco del sujeto que es lo cognoscente. En esta concepción es la complicación de la realidad lo que se convierte en el principio de la investigación.
- ¹¹ Dogan y Pahre, 1993, véanse especialmente los capítulos 3, 6 y 7.
- ¹² Dogan y Pahre afirman que la innovación científica sólo es posible en la marginalidad, esto es, en la periferia, fuera del “núcleo de la disciplina”.
- ¹³ Para la teoría de género a la que se adhiere María Jesús Izquierdo “El trabajo transdisciplinario supone que previo a la delimitación del objeto científico, se han establecido los fines políticos que alimentan un determinado proyecto de conocimiento.” El método transdisciplinario consiste en superar la división científica del trabajo, “no como un objetivo en sí mismo sino como medio para operar más eficazmente sobre la realidad”. Así, lo que permite la creación de puentes entre las disciplinas es precisamente “el participar de un paradigma común producto de un compromiso político común” (Izquierdo, 1991).
- ¹⁴ Para Vattimo, quien sigue en esto a Lyotard, los metarrelatos constituyen grandes relatos que buscan establecer una “legitimación absoluta en la estructura metafísica del curso histórico”, es decir, se trata de relatos que no se limitan a “legitimar en sentido narrativo una serie de hechos y comportamientos”, sino que se adjudican la “capacidad de señalar opciones históricas” y, por ello mismo, no son sino “expresión de la violencia ideológica” (Vattimo, 1991: 18).
- ¹⁵ Junto con la visión apocalíptica y catstrófica de la realidad y con el pesimismo epistemológico, que le es intrínseco, y quizá por su propia existencia, se ha ido arraigando, institucionalmente, la pretensión positivista de reconstrucción racional de la verdad manifiesta. Los viejos principios del positivismo carnapiano de generalidad, unicidad, neutralidad, formalización y matematización del “conocimiento” se han convertido en los últimos años en reglas institucionales al volverse, primero, criterios de evaluación del trabajo académico y después y casi por reflejo, en el elemento articulador de los distintos planes y programas de estudio.
- ¹⁶ Una de las consecuencias más claras de esta actitud, ha sido la incorporación acrítica de las técnicas positivistas en el campo de la investigación, apelando a la eficacia y a la necesidad de cumplir con los requisitos de la evaluación. La otra es que, de un modo casi inadvertido, las prácticas positivistas en la investigación, pasaran a formar parte de los contenidos de la enseñanza. La predominancia de las técnicas y postulados positivistas en los planes de estudio, en muchos casos, ha representado simplemente el reconocimiento, normalización y regulación de una práctica ya arraigada en la docencia y derivada de la práctica cotidiana de la investigación.
- ¹⁷ “El científico social tendría que aceptar (...) que la causa del agotamiento de sus disciplinas, de su vaciamiento, de su claudicación para la imaginación o la fantasía fáustica es la versión académica del agotamiento y vaciamiento de un modelo de organización social que decae y se corrompe aceleradamente, y que hace de su propia crisis (...) una coartada para medrar, vivir en ella y sacarle ventajas suplementarias (...) Después de las violentas sacudidas que provocó la ingente, arbitraria y despótica reconversión social de la década pasada (...) la perplejidad se enseñoreó en los estudios del tema social-humano,

con lo que su ya de por sí mermada capacidad explicativa e interpretativa cedió el paso al azoro, al desencanto, al culto pragmatista de lo dado, a la glorificación del consenso factibilista y al cinismo, alternativamente” (Ortega Esquivel, 1993-1994: 16).

¹⁸ Girola afirma que “Tanto los estructuralistas como los funcionalistas como muchos marxistas son positivistas, porque formulan una visión de la realidad social en términos de realidad natural, como si lo social no tuviera características propias, que se derivan no sólo de ser relaciones producidas por los hombres sino del mismo involucramiento del investigador con su objeto de estudio” (Girola, 1993-1994: 32).

¹⁹ Este paradigma concibe que la finalidad de la ciencia es encontrar la lógica de todo lo real, que la realidad puede ser interpretada remitiéndose a la relación causa-efecto, por cuanto ella contiene una lógica interna e inmutable que ordena desde su interior los diversos aspectos que la conforman. Así, los acontecimientos sociales terminan por imputarse a un factor principal. La relación causa-efecto presupone la existencia de un mundo histórico y social (pre)determinado, es decir, definido por sus regularidades que adquieren el carácter de leyes. Los cambios son vistos como un proceso inevitable y progresivo que se explica por el rompimiento de esas regularidades. Lo nuevo se interpreta como descomposición, disfunción, anomalía, ruido, irregularidad, desorden, degradación de la estructura, la organización y el equilibrio social, o bien, como pérdida temporal de los dispositivos de conservación y de reproducción del orden social. En esta concepción no tiene cabida más que el tiempo lineal. El movimiento (procesos, cambios, revoluciones, crisis), generalmente se reduce al funcionamiento, es decir, se crea la imagen de que la dinámica social se orienta en una sola dirección que no puede llegar a ser controlada sino parcialmente, esto es, que

sólo se puede lograr imponer cierta direccionalidad a los acontecimientos cuando la maduración del propio sistema así lo permite. Las sociedades, los grupos y los individuos, se convierten en simples actores dentro de un orden pre-establecido que sólo parcialmente puede llegar a variar.

²⁰ La razón que prevalece, de acuerdo con Marcuse, es una razón meramente instrumental impuesta a los individuos por la violencia y la represión fundamental o adicional (cf. Marcuse, 1986).

²¹ Adorno se refiere a la existencia de un “bloqueo cristalizado entre sujeto y objeto” en el proceso de construcción del conocimiento. Este bloqueo aparece como producto de la separación que el sujeto hace de todo lo material al seguir el modelo de las ciencias de la naturaleza en la construcción de nuevos conocimientos. Este bloqueo lo “erige el sujeto en cuanto pretende la supremacía sobre el objeto y en cuanto se engaña en esto.” El resultado final es la cosificación del propio sujeto. Adorno afirma que éste es un bloqueo histórico y de ningún modo ontológico (Adorno, 1969: 154). Por lo que aquí interesa, concebimos este bloqueo cristalizado o separación entre sujeto y objeto como fundamento de otros bloqueos que evitan incorporar las innovaciones dentro de los planes de estudio.

²² Los parámetros permiten construir una visión del mundo a partir de ciertos insumos analíticos que derivan de fuentes teóricas, ideológicas y valóricas y que por ello permiten reproducir el discurso dominante a partir de construir el discurso del consenso.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor
1969 *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Attali, Jacques
1993 “El regreso del tribalismo”, en *Nexos*, núm. 181, enero.

- Balandier, Georges
 1990 *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Gedisa, Barcelona.
- Bloch, Ernest
 1977 *El principio esperanza*, tomo 1, Aguilar, Madrid.
- Calvillo, Miriam y Alejandro Favela
 1998 "Hacia la categoría de sujeto social en la teoría sociológica", en *Polis 96*, vol. II, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Dogan, Matei y Pahre, Robert
 1993 *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, Grijalbo, México.
- Ferrarotti, Franco
 1991 *La historia y lo cotidiano*, Península, Barcelona.
- Girola, Lidia
 1993-1994 "La teoría sociológica en México. Una reflexión acerca de sus orientaciones y problemas", en *Regiones*, Revista interdisciplinaria en Estudios Regionales, Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Administrativas, Universidad de Guanajuato. vol. 1, núm. 3 diciembre-marzo.
- Glaserfeld, Ernst von
 "Introducción al constructivismo radical", en Watzlawick *et al.*, *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona.
- Habermas, Jürgen
 1981 *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus, Madrid.
- Izquierdo, María Jesús
 1991 "Un marco teórico para las relaciones de sexo y género", en Luna, Lola G. (comp.) *Mujeres y sociedad*, Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad, Universitat Barcelona.
- Marcuse, Herbert
 1986 *Eros y civilización*, Origen Planeta (libro 32 de la Colección Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo), México.
- Nicol, Eduardo
 1989 *Psicología de las situaciones vitales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ortega Esquivel, Aureliano
 1993-1994 "Las ciencias sociales: entre el cinismo y la perplejidad", en *Regiones*, Revista Interdisciplinaria en Estudios Regionales Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Administrativas, Universidad de Guanajuato, vol. 1, núm. 3, diciembre-marzo.
- Popper, Karl R.
Conjeturas y refutaciones, Paidós, Buenos Aires.
 1991 *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, México.
- Sader, Eder
 1990 "La emergencia de nuevos sujetos sociales", en *Nuevos sujetos sociales. Acta sociológica*, mayo-agosto, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Stroud, Barry
 1991 *El escepticismo filosófico y su significación*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Torres-Rivas, Ederberto
 1990 "Retorno al futuro: Las ciencias sociales vistas de nuevo", en *Acta Sociológica* núm. 2, mayo-agosto, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vattimo, Gianni
 1991 *Ética de la interpretación*, Paidós, Buenos Aires.